

*Para Luis, siempre cerca  
de la fiel amistad, de  
María Botas*

### CERCA DEL CORAZÓN FIEL

NO PUEDO pedir a nadie que me la presente, ni siquiera mis ojos acaban de creerlo. ¿Qué estará haciendo aquí? ¿Cómo ha podido venir a parar a un asilo de ancianos? Si está como residente, tarde o temprano nos tropezaremos de cara y a solas y no tendrá más remedio que hablarme. Si está de paso o ha venido de visita, tal vez haya perdido yo la oportunidad de abordarla, la única oportunidad que me quedaba ya...

No, no puede ser. Este encuentro después de tantos años no va a ser una casualidad suelta. Podría preguntarle a Sor Aurelia. «Hermana, ¿quién era esa niña que estaba ayer en el corredor de mujeres?» «No sé, será la nieta de alguna», va a decir, o, atinando mucho, entendiendo bien a quien me refiero: «Es Aurorita». Tampoco me aclara nada que me digan su nombre. Bien lo sé yo; lo que quisiera saber es que hace aquí, y si es estadiza o va de paso.

La primera vez que la vi fue de refilón, y no estuve segura de que se tratase de Aurorita. Bajaba la escalera como si viniera del ramal de las monjas;

yo salía de nuestro pasillo y la vi descendiendo ya el último tramo. El mismo pelo negro y liso, atado con un lazo azul. Me agarré al pasamanos y me incliné bien para verla, pero me dio la impresión de que se apresuraba de repente.

Desde anoche, ya no me cabe duda. Estaba otra vez al final del pasillo, muy cerca de las puertas de vaivén, con una mujer y una enfermera, luego entró Sor Aurelia y le explicaron algo. Ella no habló, sólo estaba allí con las otras. Me da el corazón de que me vio, pero puede ser sólo una figuración mía, no pestañeó. Se fueron las cuatro.

Si es residente, debe de estar en el ala nueva, donde están haciendo habitaciones individuales; ya tienen tres o cuatro, como cajas de cerillas, porque muchas mujeres no se llevan con la compañera que les toca, y se pelean, y prefieren estar solas y estrechas a estar en una habitación como Dios manda con otra. Yo ahora estoy sola desde que agravó Clemencia y se la llevaron. Ya no volverá; en cualquier momento me meten a otra en el cuarto. Aurorita, si está de residente, no la han alojado en la planta general de mujeres; tal vez esté de otra cosa...

No acabo de creerlo. No la había vuelto a ver desde el Colegio. Y no le había hablado desde mucho antes. El enfado debió de ser dos o tres años antes de dejar el Colegio yo, cuando mis padres vinieron a vivir a Madrid. Quizá fuese tres años antes, porque fue muy largo aquel espacio de tiempo en que, enfadadas, sin dirigirnos la palabra, nos cruzábamos por los pasillos o nos espiábamos durante los estudios, con el corazón tenso, los latidos atirantados por una desgarradura de orgullo y miedo que no cedía en ningún sentido y nos envaraba. Ninguna de las dos quería dar su brazo a torcer. «Que si tú le hablas la primera, te contestará y os amigaréis», mediaban terceras en nuestro enfado. No es que con los años se me haya olvidado el motivo, es que fue algo tonto, y en los últimos tiempos del Colegio ya había perdido toda importancia. Sin embargo, nos aferrábamos a un mutismo irrenunciable. «Que me hable ella si quiere». Tuve la certeza de que ninguna de las dos cedería. Era mi mejor amiga; nadie lo dudaba; ni siquiera nadie hubiera intentado una competencia. Nos enfadamos por una bobada. Pero el enfado fue creciendo aunque el motivo siguiera siendo insignificante, y yo supe muy pronto —seguro que ella lo intuyó también— que no íbamos a vencerlo, que había tomado un tamaño incontrolado, una consistencia como de reja o como de muro y que, dolida ella y entristecida yo, desmemoriadas ya del agravio mutuo, nunca más íbamos a dirigirnos la palabra. «Que le hables tú primero». «No, que sea ella quien empiece».

Pasado un año, o más, las intermediarias dejaron de oficiar de tales, de empujarnos la una hacia la otra. Comenzó otro curso después de las vacaciones. Había las «nuevas» como todos los años. Cuando la cruzaba en el pasillo o la veía en el recreo, me estiraba menos, ella tampoco engallaba la cabeza, podíamos incluso afectar indiferencia; el enfado era definitivo y lo aceptábamos como una fatalidad.

El cielo está gris, indeciso. Hay una nostalgia de luz que no logran opacar las nubes, un brillo terco quiere empujarlas y romper a lucir. Por momentos, se van perfilando las sombras en el pasillo, separando los bultos. En el cielo, una franja va embebeciéndose de azul, como un tafetán que de puro viejo se deshilachase, mirada con insistencia, es casi azul ya, azul.... azul.

Yo miraba alternadamente el trozo azul del cielo y mi pedazo de jardín enfrente, calibrando las mudanzas, movía los ojos sin acelerar, percibiendo las diferencias que la luz dudosa insinuaba sobre la tierra. Su cara se interpuso entre el cielo y la tierra, se asomó al cristal por detrás de mi cabeza. Y estaba acodada en el breve repecho que la pared hace bajo la cristalera. No aparté la vista: la fijé quieta en la imagen de su cara que se me aparecía en el cristal. No le quité los ojos; sin moverme, contemplé su rostro mientras sentía sus pupilas como dos alfileres quemarme la nuca. Ella miraba fijo también. Nuestras caras aparecían juntas en el brillo oscuro del cristal. Está igual que siempre: la raya al medio, partido el pelo en dos bandas, la cara redonda, los ojos algo saltones, la boca seria, casi apretada...

Sentí un calor de sofoco en la espalda, del cuello para abajo, y un peso de plomo en las piernas. Los ojos quietos, posados en el cristal, en el pedazo exacto en donde los suyos miraban. Me dije que tenía que hablarle. ¡Qué importaba quién fuera la primera! Bajé los párpados como para recoger ánimo. Cuando los abrí ya su cara no estaba en lo oscuro del vidrio. Me volví rápida y sólo alcancé a ver la falda de tablas que se perdía en el batiente de la mampara del vestíbulo.

Pasé la noche en un puro desvelo. A las once, cuando Sor Carmen hacía el recorrido nocturno habitual, Vicenta, la viuda, armó el escándalo. Que le faltaban las veinte mil pesetas que tenía guardadas en el armario. Sor Carmen le dijo que por qué no las había depositado en la caja fuerte, como dice el reglamento y como quiere el Director. Ella que no, que era lo que le quedaba cuando el marido se enfermó y le prometió a él tenerlo siempre consigo

«para cualquier urgencia». Su compañera de habitación, Juanita Pacheco, lleva días fuera, en casa de sus hijos, en Canillejas. Así que Vicenta está sola en el cuarto, como yo. Primero quería hablar con el Director, ¡a aquellas horas...! Luego, con la Superiora. Nada, Sor Carmen dijo que mañana se aclararía todo, y ella, modorra, erre que erre, pues que a la policía. «O a la Zarzuela», le dijo Sor Carmen. ¡Ay! cómo se puso; la broma de la monja acabó de sacarla de quicio. Como un basilisco se puso. Luego, muy tarde ya, vino la enfermera a pincharla. Le dieron un calmante. La Vicenta todavía siguió despotricando: «Las enfermeras son una sinvergüenzas y unas ladronas, y las monjas, unas alcahuetas», y lo repitió como un estribillo hasta que le hizo efecto la inyección y todo el corredor quedó en silencio. ¡Tarde ya para mí que el sueño había volado!

No pensaba salir de la enfermería tan pronto. Sor Aurelia fue a buscarme y se empeñó en que me vistiera para llevarme a dar un paseo. Al ponerme en pie estaba aturdida, sentí el suelo reblandecido, sin firme, como si me hundiera hasta los tobillos. «Ha tenido una subida del colesterol», me dijo el médico. Que debo caminar, dar paseos, distraerme... Sor Aurelia es muy buena y vino a buscarme. Por mí no me hubiera levantado todavía. Tampoco al médico y a las enfermeras les empachaba tenerme abajo. Yo no pensaba más que en sujetarme del brazo de Sor Aurelia que era lo único sólido que sentía de piel para fuera.

En el pasillo hay mucho ruido. Es la hora de la consulta y la de recibo del Director. Los sábados también vienen visitas, ¡con tanto personal que hay acogido! Una romería de gente acampa en el vestíbulo; la mesa del portero se ve como una pina de cabezas. Sor Aurelia me lleva a pasitos, como convaleciente. Avanzamos unos metros. «¡Mire, mire quién está allí!», me dice Sor Aurelia. Está a cinco o seis pasos de nosotras. Lleva la falda plisada y la rebeca azul. El pelo hoy lo peina en trenzas, le hace la cara más redonda, los ojos más estirados. En la distancia, la veo separar los labios, como sorprendida, como rompiendo a hablar. Sor Aurelia tira de mí en otro sentido, casi me zarandea. «Vamos, mujer, no se quede pasmada». Me suelto de la monja y me voy en derecho hacia Aurorita, que parece estar aguardándome, espianando mi salida de la enfermería. ¡Qué raro! como si caminase de espaldas, la distancia entre las dos no se acorta: ella queda siempre allí, a cinco o seis pasos. O tal vez sea que yo pongo intención de caminar y sigó a pie quieto, sin moverme. «Vamos, ¿no quiere hablar con Vicenta, la viuda?». La voz de Sor Aurelia me marea todavía más, habla alto, como si

yo estuviera sorda; se entremeten sus palabras en el vocerío general y no las sigo. La monja ahora me coge de la mano y tira de mí. Yo vuelvo la cabeza y apenas tengo tiempo de sorprender una mirada apiadada en los ojos de Aurorita antes de que se disperse, fingiendo pararse con unos y otros, haciéndose la perdidiza.

Vicenta, la viuda, ya encontró las veinte mil pesetas. Se las encontraron en el dobladillo del abrigo. Dice que le prometió a su difunto esconderlas allí, y que se le había olvidado. Ahora las enfermeras ya no son sinvergüenzas ni las monjas alcahuetas.

Como estoy algo débil y me dan la cena temprano, me acuesto a las ocho y me levanto al amanecer. Sin vestirme, me echo la bata encima y salgo al pasillo. No hay un alma; quiero decir, de las otras, porque ella siempre está *allí*, como perro puesto, al lado de la ventana, a dos o tres metros de la puerta de mi cuarto. Nos miramos. Ella como si me vigilara, como si aguardase cada madrugada mi despertar y mi primera salida al mundo. Me mira, se cerciora de que la veo, y se vuelve hacia la cristalera. Nos asomamos a un tiempo, distanciadas, miramos a lo lejos cómo se va devolviendo el día. A veces desaparece sin que yo la oiga. Otras, escucho sus pasos y no me vuelvo a verla partir. Sólo oigo el eco cada vez más apagado de sus pisadas, y entro en mi cuarto a vestirme antes de que toquen el timbre de las ocho.

No sé de dónde sale cada mañana, ni en dónde duerme. No sé, tampoco, a quién preguntar. Intenté sonsacar a Sor Aurelia: «Hermana, esa niña que está allí, la del uniforme azul...» «¿Qué niña, quéee niña...?», me cortó impaciente. Yo, además, tengo pereza ya para andar en averiguaciones. De Aurorita lo sé todo, ¿para qué meterme en berengenas? Si acaso se lo preguntaré a ella misma. Cada día me hago más irritable, más taciturna, más indiferente a todo...

Esta mañana antes de levantarme empecé a pensar y las ideas echaron a caminar de prisa. Que debo hablarle. Que el silencio insidioso no rebote más como avispa contra el cristal. Que a mí poco tiempo me queda ya para amígarme definitivamente con ella.

Tengo la gran suerte de encontrarla de espaldas, borneada hacia la calle, viendo caer la lluvia que engeuece el día. Me arrimo a la cristalera, a una distancia prudente, me acodo yo también. Con mirada obstinada contemplo el ensimismado gotear de la lluvia. Los negros pájaros del cielo sacuden sus

alas mojadas. La tristeza gris del día parece un destino que nunca fuera a escampar. Pero la idea de hablarle se abre paso, luminosa, como si apareciese el sol por entre las escurriduras del cielo. Ahora o nunca. No sé si es el aliento de su respiración o que escucho el rumor de mis propios pulsos. Tic, tac, tic, tac... ¡Tanto tiempo! ¡y tan fácil! Posiblemente ella aguarde escuchar mis palabras con tanta impaciencia como mi corazón acopia demora para mejor pronunciarlas:

- ¡Hola...! Tenía muchas ganas de hablar contigo —le digo, por fin.
- Yo también —escucho su voz, por fin.
- No has cambiado nada...
- Tú tampoco.

MARTA PORTAL